ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

VIA LIBRE

ZARZUELA CÓMICA

EN UN ACTO Y TRES CUADROS, EN PROSA

ORIGINAL DE

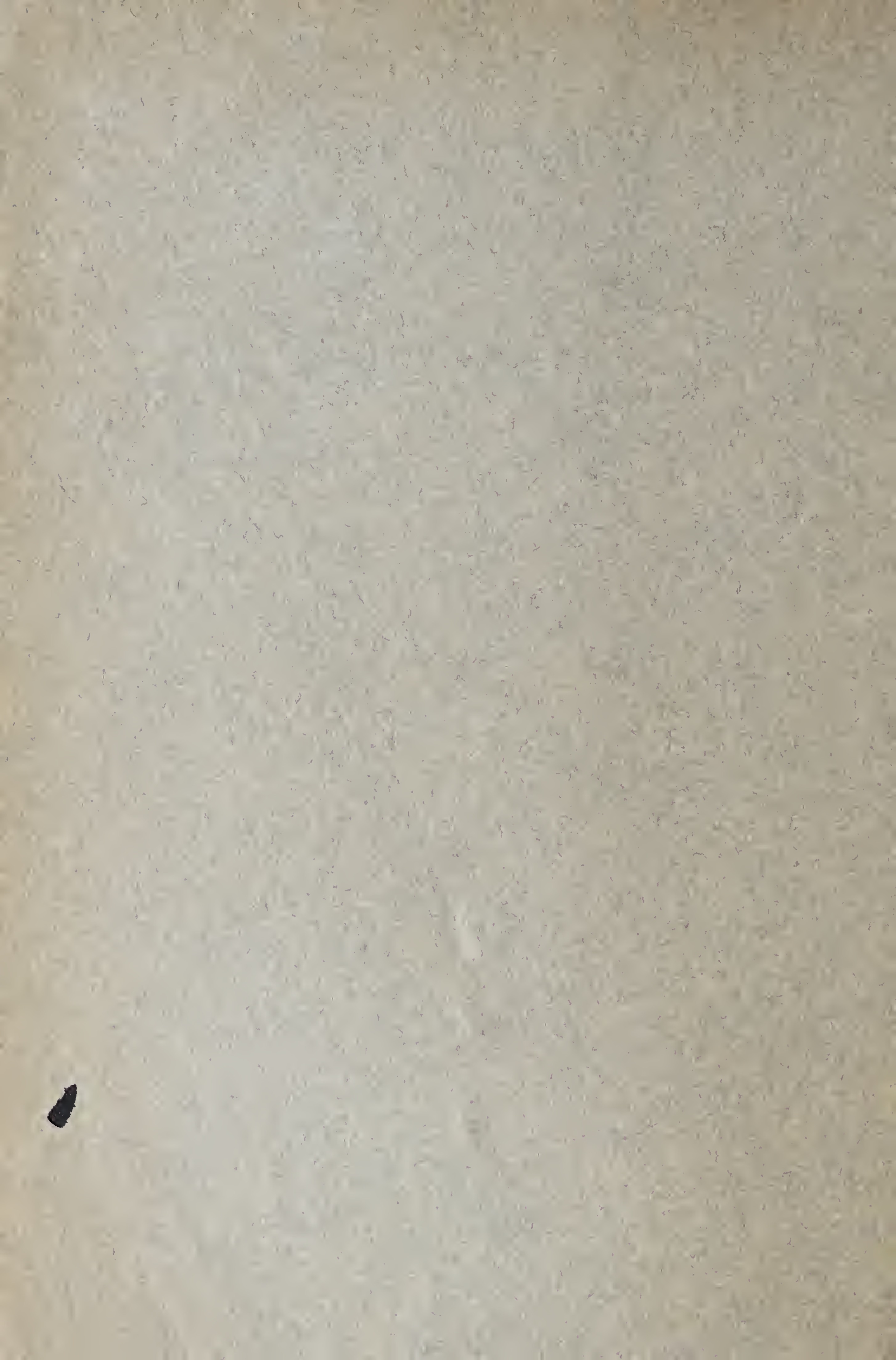
CARLOS ARNICHES y CELSO LUCIO

MÚSICA DEL MAESTRO

RUPERTO CHAPI

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO
1893



VÍA LIBRE

VÍA LIBRE

ZARZUELA CÓMICA EN UN ACTO Y TRES CUADROS

EN PROSA, ORIGINAL DE

CARLOS ARNICHES Y CELSO LUCIO

MÚSICA DEL MAESTRO

RUPERTO CHAPÍ

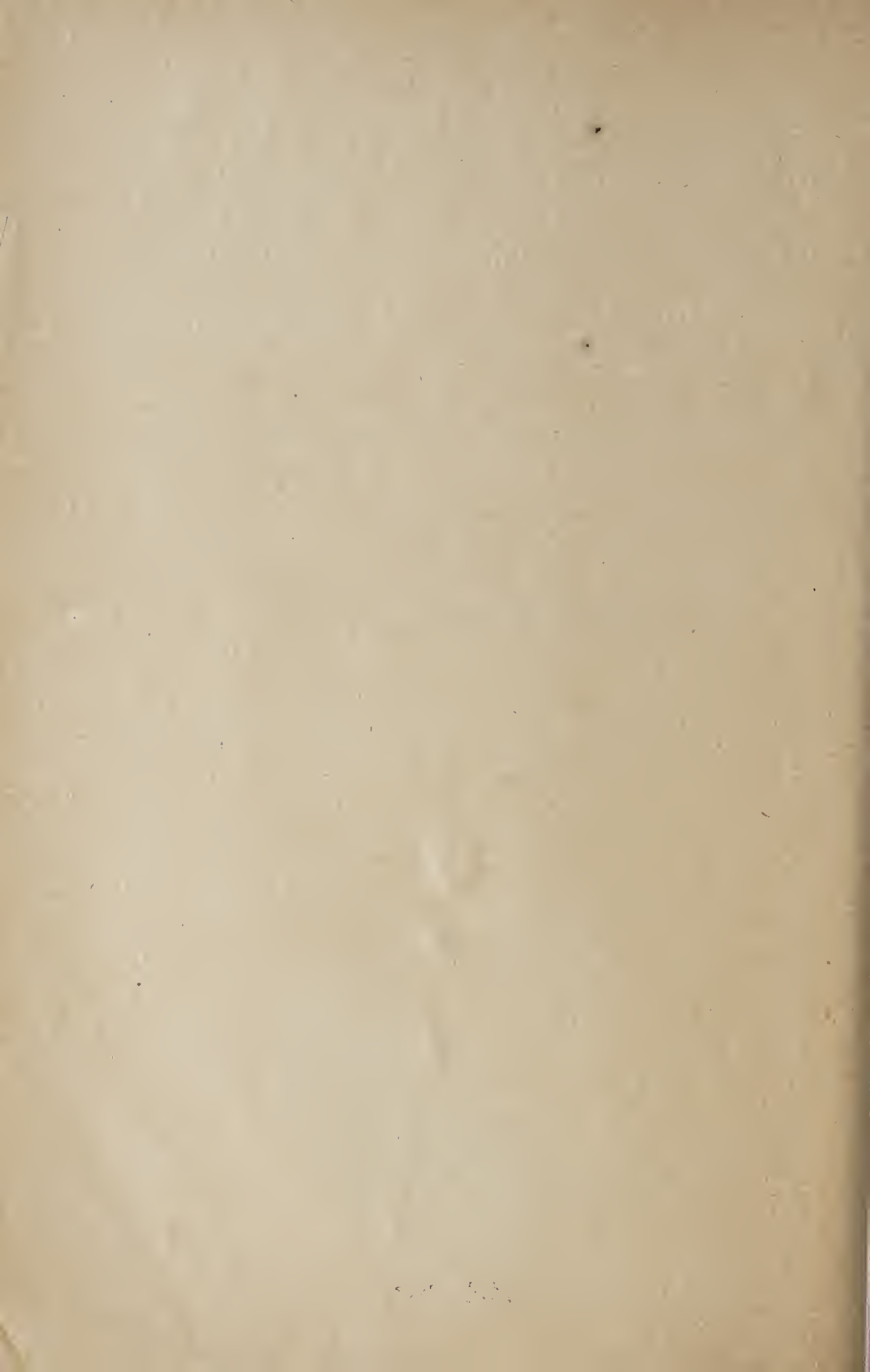
Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO DE APOLO la noche del 25 de Abril de 1893

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1893



A Enrique Arregui y Luis Arnej

SUS AMIGOS

Celso Lucio y Carlos Arniches

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
PEPITA	SRTA.	CAMPOS.
DOÑA GREGORIA	SRA.	VIDAL.
ROSINA		PERALES.
EUSTAQUIO PANIAGUA	SR.	RODRÍGUEZ.
AQUILINO CALLEJÓN		SANJUÁN.
ACISCLO		MESEJO.
PALIZA		LEÓN.
TERNERETE		RAMIRO.
DON BRAULIO		RUESGA.
UN MOZO		GALERÓN.

Coro general

Para esta obra han pintado una magnífica decoración, unánimemente celebrada y aplaudida, los pintores escenógrafos Sres. Busató y Amalio Fernández.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Sala de una casa decente de pueblo, amueblada con mal gusto. Puertas en los términos primero y segundo; al foro dos balcones con colgaduras. En el centro de la habitación una mesa con servicio. Una mesa de despacho á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

DON AQUILINO, DON BRAULIO y PALIZA salen por la primera puerta derecha y se asoman al balcón á su debido tiempo. Se oyen en la calle grandes clamores. DOÑA GREGORIA y PEPITA asomadas. Oyese también una murga.

UNA VOZ (Desde abajo.) ¡Viva don Aquilino!
TODOS (Idem.) ¡Viva!
OTRA VOZ ¡Viva el protector del pueblo!
TODOS ¡Viva!
BRAU. (Entrando.) ¡Qué ovación!
PAL. ¡Bien puede usted estar satisfecho!
VOZ ¡Que salga! ¡Que salga!
TODOS ¡Sí, sí!...
GREG. Sal, sal á saludar, que te llaman.
AQUIL. ¡Voy, diles que ya voy! ¿Y qué les digo?
PAL. Haga usted lo que Riego cuando estuvo aquí, que les echó un discurso desde un balcón.
BRAU. ¡Sea usted el Riego de nuestros días!

AQUIL. Vaya, pues les echaré el discurso y dos pellejos de vino; y más Riego ya es imposible. (Saliendo al balcón.) Señores vecinos: Gracias por todo. La emoción que me... embarga, no me deja... hablar. Y si he hecho por el pueblo lo que he hecho, es para que toqueis... (Voces; se oye una murga estrepitosa.) chis... callar...

PAL.ª ¡Bárbaros! ¡Que no toquen!

AQUIL. Silencio, (Callan.) callar, hombres, que decía que es para que toqueis los resultados ventajosos de mi mando. Conque gracias y hasta luego.

UNA VOZ ¡Viva don Aquilino, nuestro padre!

BRAU. ¡Viva el padre nuestro!

GREG. ¡Y el Ave María!

TODOS ¡Viva! (Suena la murga. Quedan haciendo saludos en el balcón hasta que se pierden los rumores. Entran. La chica queda en el balcón haciendo señas.)

GREG. Qué satisfacción para mí, Aquilino, ver lo que te quiere el pueblo.

AQUIL. Gracias, Gregoria, gracias.

GREG. Pero si tú me hubieses creído, todos estos agasajos te los harían sin necesidad de que hubieras derrochado nuestra fortuna.

AQUIL. ¿Derrochar? ¡Hablarme de eso hoy, el día que realizo mi sueño dorao! El día que vas á ver pasar el tren por primera vez ante el apeadero construído en el pueblo, gracias á mí.

GREG. Pero, ¿y nuestro dinero?

AQUIL. Pero, ¿y la felicidad de que te coja el tren... y te lleve á todas partes en un momento?

GREG. Pues, y la diligencia, ¿no te ha cogido á tí?

AQUIL. Sí.

GREG. ¿Y qué?

AQUIL. Y me rompió una pata: en cambio el tren... ¿Sabes tú lo que es el tren? El tren te trae la civilización, y te trae la luz, y te trae la riqueza, y te trae... y te lleva.

GREG. Sí, ¡y te lleva el dinero!

BRAU. ¡Qué dinero, señora! Don Aquilino es un alcalde modelo. Y hoy propondré yo, como maestro veterinario, que se le ponga á la

calle principal del pueblo el nombre de usted.

AQUIL. No puede ser.

BRAU. ¿Por qué?

AQUIL. Porque yo me llamo Callejón, y ¿cómo le vas á llamar Callejón á la mejor calle del pueblo?

BRAU. Muy fácil. Se le pone á la calle el nombre y apellido de usted, y que se llame: «Calle del señor don Aquilino Callejón.»

GREG. Eso, pongan ustedes: «Calle del señor don Aquilino Callejón y señora...» si puede ser.

BRAU. Así se hará.

AQUIL. Bueno, bueno, no perdamos tiempo, que todavía hemos de hacer el programa de los festejos... Anda, Gregoria, sírvenos el chocolate, y que te ayude Pepita.

PAL. ¿Y dónde está Pepita, que no la he visto?

GREG. Mírela usted. (Mirando al balcón.) Haciendo cucamonas á ese imbécil de Acisclo, que andará por alguna esquina.

AQUIL. Por vida de la chica. ¡Pepita! (Llamándola incomodado.)

ESCENA II

DICHOS y PEPITA

PEP. ¡Ay! (Asustándose.) ¿Qué manda usted, papá?

AQUIL. ¿Qué señas estás haciendo ahí?

PEP. Ninguna; si es que estoy aprendiendo el abecedario de los mudos... Mire usted, señor Paliza... es muy fácil... (Hace una seña.) *Ese*.

PAL. ¿Cuál?

PEP. (Otra seña.) La letra *ese*... y esta *jota*, y esta *a*. (Cierra la mano.)

AQUIL. Pues mira, Pepita; el día que coja yo á ese títere, le voy á dar con la *a* (Cierra la mano.) en las narices.

PEP. Pero...

GREG. A callar, y ayúdame á servir el chocolate.

PEP. Bueno, vamos. (Con mansedumbre. Vanse.)

ESCENA III

DICHOS menos PEPITA y DOÑA GREGORIA

AQUIL. Ea, don Braulio, á la mesa.
BRAU. Vamos allá.
AQUIL. Y usted, señor Paliza, siéntese aquí, en mi mesa de despacho, pa ir escribiendo el programa y tomando el chocolate al mismo tiempo.
PAL. Perfectamente.

ESCENA IV

DICHOS, PEPITA y GREGORIA, con el chocolate

GREG. Aquí está.
PAL. Tráigalo usted, Pepita, que yo lo voy á tomar mientras escribo.
PEP. Pues ahí va una jícara.
PAL. ¿Conque usted... de señitas?
PEP. *Ese, i.* (Vase.)
PAL. ¡Ay, qué *i*! ¡Ay, qué *i*!... (Mete el dedo en la jícara.) ¡Cuerno, me he quemao la *i*! (Se chupa el dedo.)
GREG. Ea, pues ahí quedan ustedes solos. Buen provecho.
BRAU. Gracias. (Vase Gregoria.)

ESCENA V

DON AQUILINO, DON BRAULIO y PALIZA

AQUIL. Conque, ¿estamos?
PAL. Estamos.
AQUIL. Moje usted.
PAL. (Moja un bizcocho.) Ya está.
AQUIL. Digo que moje usted la pluma.
PAL. ¡Ah! Bueno. (La moja.) ¿Y pongo?...
AQUIL. Festéjos para mañana.

PAL. Festejos para mañana. (Escribiendo.)

AQUIL. Primero: Repique general de campanas solas, y luego diana matutina... con la murga y repique de campanas.

PAL. ¿Y qué más?

BRAU. Nada más.

PAL. Hombre, esto es poco para empezar.

AQUIL. Bueno, ponga usted otro repique.

PAL. Segundo. (Comiéndose otro bizcocho.)

AQUIL. Misa cantada y procesión.

BRAU. Muy bien.

PAL. ¿Quieren ustedes que pongamos otro repique?

AQUIL. No, señor.

PAL. ¿Por qué?

BRAU. Porque no se puede repicar y andar en la procesión.

PAL. Es verdad. Tercero. (Se come otro bizcocho.)

AQUIL. Después de la misa mayor, una sangría para todo el Ayuntamiento y mozos del pueblo.

BRAU. Bueno; y aquí había que hacer algo pa las mozas.

AQUIL. Aguarde usted, hombre, que á las mozas ya las tengo reservadas pa el cuarto.

PAL. ¡Qué barbaridad!

AQUIL. ¿Cómo barbaridad?

PAL. Nada, que he mojao un bizcocho en la tinta.

AQUIL. Cuarto número. Baile de las mozas y sangría para las que lo deseen.

PAL. ¿Le parece á usted que pongamos aquí otro repique?

AQUIL. ¿Quiere usted dejar á las campanas quietas? (Enfadado.)

PAL. Bueno. Quinto. Cohetes, bombas y fuegos.

AQUIL. Alto el fuego. Va usted á mandar que recojan todos los cohetes y que los metan en la caseta de los consumos; que el año pasao, con los fuegos artificiales, me quemaron la paja que tenía en la era, y no quiero quedarme sin paja. Conque, quinto: cucañas y carreras de burros.

PAL. Señores, yo suprimiría las carreras de burros; porque, acuérdense ustedes lo que tuvi-

mos que correr el año pasao para que no nos atropellaran.

AQUIL. No importa, correremos; carreras de burros y después sermón y cuarenta horas, y luego otra sangría para el párroco y fieles que hayan estado en las cuarenta horas sin beber.

BRAU. ¡Sexto!

PAL. Aquí sí que ponemos otro repique.

AQUIL. Venga, no está mal. Y, además, ponga usted que el alguacil les dará dos tortas á todos los pobres que lo deseen.

PAL Bueno. Y esto se ha acabao... (Se levanta y se sirve un vaso de agua) porque no puedo mojar.

AQUIL. ¿Qué, no hay tinta?

PAL. Tinta, sí; lo que no hay son bizcochos.

AQUIL. No importa. Séptimo y último. Dos tés, un té con pastas para el Ayuntamiento, y un té deum para los fieles, y se acabó. (Se levantan.)

BRAU. Bueno; pues nosotros, ahora nos iremos á preparar el número cuarto de los festejos de hoy, para cuando pase el tren.

AQUIL. Perfectamente.

PAL. Y yo voy á dar á conocer el programa; conque...

BRAU. Hasta luego. (Vanse don Braulio y Paliza.)

AQUIL. Adiós, señores.

ESCENA VI

DON AQUILINO

¡Qué feliz soy! Por fin, hoy realizaré mi sueño dorado. ¡La ambición de toda mi vida; ¡un ramal que nos pusiera en comunicación con toda España y ultramarinos!... Toda mi actividad, toda mi fortuna y toda mi vida la he empleado en trabajar para ver la locomotora atravesando nuestros campos; y hoy, hoy, por fin, veré la primera máquina adornada con gallardetes y banderas, acercarse al pueblo despidiendo bocanadas de humo y sartas de chispas, y pitando... ¡úúúú... úúú... úú... ú!... (Imitando el tren)

ESCENA VII

DICHO y PANIAGUA con una trompa debajo del brazo. Entra y se quita el sombrero

PAN. ¡Chist! ¡Chist!
AQUIL. ¡Ú... ú!...
PAN. ¡Chist! ¡Chist! (Andando detrás de él.) ¿Da usted su permiso?
AQUIL. ¡Uy! Usted dispense. (Sorprendido.)
PAN. Perdone usted si le molesto.
AQUIL. No, hombre, no; si me ha cogido al entrar en la estación.
PAÑ. Sí, ya he oído el silbato. Pues yo tengo el gusto de saludar á usted, don Aquilino. ¿No sé si usted sabrá quién soy yo?
AQUIL. Usted dirá.
PAN. Pues yo soy el músico, el cantante, el que usted encargó para los festejos.
AQUIL. ¡Ah! Sí, sí. Ya sé, ya sé.
PAN. Y procuraré que no queden ustedes descontentos.
AQUIL. Bueno, pues aquí lo que hace falta es que cante usted de tiple en la misa, y toque usted en la procesión.
PAN. Pues no tenga usted cuidado; en la procesión tocaré la trompa, porque soy trompa, y en cuanto á cantar, baste decirle á usted que he sido seis años director de un orfeón. ¿Y por qué no han traído ustedes un orfeón?
AQUIL. ¡Un orfeón! Porque aquí no saben tocar eso.
PAN. Ay, qué gracia, hombre; pues si usted quiere yo haré un orfeón en un momento, y le enseño una composición mía, en que la trompa juega el principal papel.
AQUIL. ¿Hay elefantes?
PAN. ¡Hay narices! ¡La trompa de caza, hombre! Y así hay un número más en los festejos.
AQUIL. Bueno, hombre, bueno; pues quedamos en eso, señor...
PAN. Eustaquio Paniagua.
AQUIL. ¿Pan y qué?

PAN. Paniagua, todo junto, ¿sabe usted?

AQUIL. Sí, señor, sopas.

PAN. No, señor; Eustaquio Paniagua, primer trompa. ¡Pero si soy conocidísimo!

AQUIL. Sí, hombre, sí. ¿Eustaquio y trompa? ¡Claro! ¡La trompa de Eustaquio! Si lo estoy oyendo todos los días, pero no sabía que era usted. Pues nada, don Eustaquio, cuente usted conmigo para todo.

PAN. Gracias, muchas gracias; y dispense que la gratitud me haga derramar unas lágrimas. (Muy conmovido.) Yo soy muy desgraciado.

AQUIL. ¿Por qué?

PAN. Oiga usted mi historia, y se convencerá usted. Yo nací en Colmenar de Oreja; me casé muy joven, era un niño. Al año éramos dos niños; tuvo usted un servidor más: un Paniagüita. Pero el pobre murió á los pocos meses, de resultas de un trompazo.

AQUIL. ¿Le pegó usted?

PAN. No, señor, fué que se le cayó la trompa encima. Mi mujer tomó horror á la trompa, y además me dijo que ella no había nacido para pasarse toda la vida con pan y agua; yo la dije que otras viven con pan y cebolla; pero, quiá, un día al volver á casa, me encontré con que había huído, llevándose todos los muebles que eran suyos, y acompañada de un primo.

AQUIL. ¿Suyo también?

PAN. No, señor, el primo era mío; y no los volví á ver.

AQUIL. Pues, ¿dónde se fueron?

PAN. Se fueron á la Habana; *¡á pesar del calor que hace allí!*

AQUIL. ¡Es verdad!

PAN. Allí estuvo un año, y cuando volvió para unirse á mí, la pobre murió en la travesía...

AQUIL. ¿En alta mar?

PAN. No, señor, en la travesía del Horno de la Mata, en Madrid, donde yo la había buscado un cuarto. Me quedé viudo; adquirí un puesto, de trompa, en la orquesta del Circo de caballos, y una noche debutaron Terne-

rete, el hércules español, y su esposa, la hermosa Rosina, la reina de la cuerda floja. Yo, viudo, joven y apasionado, al ver á Rosina sentí un cosquilleo en el corazón, y un no sé qué en la trompa, que ya no sonaba como antes; y cuando iba á dar una nota, me la tragaba envuelta en un suspiro. Me había enamorado. Un día la seguí, entró en un café, la escribí una carta apasionadísima, é iba á dársela por debajo de la mesa, pero el marido metió la pata, tropezó con mi mano, cogió la carta, la leyó, y ¡toque usted aquí!

AQUIL. ¡Una profundidad!

PAN. ¡Una chica alemana... que me tiró! Además juró matarme; y yo, deseando salir de Madrid por librarme de él, me hablaron de estas fiestas, acepté, y aquí estoy á la disposición de usted.

AQUIL. ¡Bah! ¡No tenga usted cuidao!

PAN. ¡Ay! Es que usted no sabe la dentadura que gasta ese tío. Con decirle á usted que sostiene á tres hombres con los dientes, y á dos mujeres con el sueldo. Además, me dijeron que en la casa de huéspedes no pagaba nunca.

AQUIL. ¿Por qué?

PAN. Porque decía que era tan forzudo, que no podía consentir que le venciera ningún mes.

AQUIL. Bueno, pues aquí está usted seguro; olvide usted sus desgracias, y á contribuir á las fiestas.

PAN. Sí, señor, sí, señor. Conque mande usted venir á los del pueblo, para escoger voces.

AQUIL. Vendrán.

PAN. Pues hasta luego, don Aquilino.

AQUIL. Adiós, Pan...

PAN. Y agua, servidor de usted. (Váse haciendo reverencias. Don Aquilino se vá por la primera izquierda.)

ESCENA VIII

PEPITA, que sale por la segunda izquierda

Música

Siempre que sola me veo,
desde que le conocí,
aun cuando esté ausente, creo
que está delante de mí.
Ay, dueño amado,
que horror me inspira la soledad,
ven que á tu lado
todo respira felicidad.
Mi dueño, ya que el corazón me robas
mi dueño ¿por qué me robas el sueño?
¡Ay! pajarito,
pajarito tú que vuelas,
llévale mis suspititos
á ver si así le consuelas.
Sin su amor me muero,
sin su amor no vivo,
mi corazón quiero
que viva cautivo.
Pues de sus amores
necesito yo,
igual que las flores
de la luz del sol.

—

Cuando no le veo paso
horas de amargo dolor,
pero en viéndole me abraso,
en la llama de su amor.
Mi pecho amante
con todos era duro y cruel,
pero hoy no obstante,
como la cera, se ablanda á él.
Ahora, ya suspiro como el preso,
el preso, que la libertad adora.
¡Ay, ay, mi niño,
ay, mi niño! si algún día

me faltara tu cariño,
creo que me moriría.
Por su amor aliento,
por su amor deliro,
y á él mi pensamiento
vuela en un suspiro.
Ni un sólo momento
le puedo olvidar,
y sienpre á su lado,
yo quisiera estar.

Hablado

(Volviendo á mirar por el balcón.) ¡Dios mío, no le veo por ninguna esquina! ¿Dónde se habrá metido? El pobrecillo estaba diciéndome antes, que me juraba, amor eterno... y se quedó en la jota... porque en seguida le hice seña de que se acercaba mi padre y desapareció tras una esquina. ¡Pobre Acisclo! ¡Cuándo será el día que nos (Hace letras.) casemos. (Se asoma al balcón.) Pero... ¡ah! ya le veo. ¡Y qué guapísimo está! (Le hace señas.) ¡Y no me entiende! ¡Qué torpe! ¡Y dice que va á subir... y sube! ¡Dios mío! (Muy apurada.)

ESCENA IX

ACISCLO sale vestido ridículamente entre señorito y paleto, y debe llevar una peluca que le haga la cabeza muy grande, y PEPITA

Música

PEP. ¡Mi dueño!
ACIS. ¡Mi dueña!
PEP. ¿Para qué has subido?
ACIS. Me has hecho una seña
que no la he entendido.
Y como deseo
saber lo que quieres,
subí.
PEP. Sí, ya veo

lo muy torpe que eres.
Pues te he preguntado...
(Haciendo signos en las manos.)

ACIS. (Leyendo lo que dice ella por señas.)
Si nos casaremos:
yo te he contestado: (Hace señas.)

PEP. (Leyendo las señas.)
Que ya lo veremos.

ACIS. Cuando seas mía,
verás que... (Hace señas.)

PEP. (Ruborizándose.) ¡Gúasón!

LOS DOS ¡Si llega ese día,
qué satisfacción!
(Hace señas ella.)

ACIS. A obscuras me dejas,
seguirte no puedo,
¡qué bien, vida mía,
hablas con los dedos!

PEP. Mi destreza es mucha.

ACIS. Repite otra vez. (Repite el juego.)
¡Dios mío, qué trucha!

PEP. ¡Dios mío, qué pez!

ACIS. Dí si quieres que te abra... ce,
(Haciendo con los dedos las letras.)
que en mis brazos quiero ver... te.

PEP. Ya sabes que eso me pla... ce,
más no puedo complacer... te.

ACIS. A mis súplicas atien... de,
haz que de todo me olvi... de.

PEP. Si mi padre nos sorpren... de,
por el eje nos divi... de.

ACIS. Que eres mi alegrí. . a,
todo el mundo sa... be,
tu amor me enloque... ce,
niña angelical.

PEP. No temas te olvi... de,
la que en tu amor cre...é
porque en tu amor ve... o
mi bello ideal.

ACIS. ¡Glori... a!

PEP. ¡Ciel... o!
(Aciscio la abraza.)
Por Dios no me abra... ces,
que nos pueden ver.

ACIS. ¡Ri... ca!
PEP. ¡Tor... pe!
ACIS. Pues no me recha... ces,
si mía has de ser.
LOS DOS A, e, o, i,
tengo fe ciega
mi dueño en tí.
O, i, e, a,
tuyo ó de nadie
mi amor será.

Hablado

ACIS. Pues sí, mi vida; es lo que yo te decía antes... (Hace letras con los dedos.)

PEP. Y ya sabes tú lo que yo te contesté... (Idem.)

ACIS. Porque tu padre es muy... (Idem.) y tu madre es muy... (Idem.) pero como tú eres tan...

PEP. Naturalmente, tú... (Idem.)

ACIS. Eso; y por eso lo que yo quería decirte, es que tu padre, ayer, cuando estaba yo jugando al billar en el casino, fué, y al tirar yo un recodo... me dió un golpe en el brazo con la mediana y me estropeó el codo y el recodo.

PEP. ¡Ay, Aciscloǃ ¡Aciscloǃ

ACIS. Yo, entonces, no miré que era tu padre, y hecho un tigre cogí las tres bolas y salí escapao.

PEP. ¿Cogiste las bolas?

ACIS. Claro, pa que no me las tirara.

PEP. Hiciste bien. Y ya considero lo que tú sentirías que te pegara allí.

ACIS. No, lo que sentí fué que me pegara aquí. (En el codo.) Me dió en el hueso dulce.

PEP. ¿Y por qué habrá sido?

ACIS. Yo creo que lo que le indignó, fué que le contaron que yo había dicho que el ferrocarril era una estupidez, y que yo, ó me casaba contigo ó me cortaban esta. (Señalándose la cabeza.)

PEP. ¿Y él qué dijo?

ACIS. Que me cortaría ésta, y que además no me casaría contigo.

PEP. Eso, no, Acisclito mío.

ACIS. Eso, sí, porque, si me cortan ésta, ¿cómo me voy á casar contigo?... Pero como soy muy cabezota, se me ocurrió una barbaridad... ¡já, já!

PEP. ¿Qué barbaridad?

ACIS. Pues, nada, que tengo un plan, y si nos sale bien mi plan, podremos ser felices con mi plan. ¡Ya verás qué plan!

PEP. Hijo, pareces un tambor.

ACIS. Sí, mayor.

PEP. ¿Y qué plan es ese?

ACIS. Ya lo sabrás; lo que yo necesito antes es saber si tú tienes confianza ciega en mí pa explicártelo y que nos casemos.

PEP. ¡Ay, ojalá! ¡Cuándo será el día!

ACIS. Puede que mañana.

PEP. ¿Lo deseas tú?

ACIS. Yo... (Con rubor hace señas con los dedos.)

PEP. Y yo... (Id.)

ACIS. ¿Y á que no sabes pa qué? Para... (Señas con las dos manos.) Para no separarme nunca de tí.

PEP. Bueno, pues anda, vete, luego hablaremos en la iglesia.

ACIS. Hasta luego, rica. Tienes unos ojitos, y una boquita, y una cinturita, y... (Señas.) y un pie...

PEP. Adiós, adiós. (Se despide.) Márchate pronto. (Vase Acisclo.) ¡Si llega á verle mi padre! (Se asoma al balcón.) ¡Ya ha salido! (Hace señas.) ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Ay, pero qué garboso es! (Vase.)

ESCENA X

PALIZA, TERNERETE y ROSINA

PAL. Pasen ustedes, pasen ustedes, señores. Esta es la casa del señor Alcalde.

TERN. ¡Adelante, Rosina!

ROS. ¡Oh! ¡Caballero!

PAL. ¿De modo que, según me han dicho en la posada, ustedes son *ginastas?*

TERN. Pero notabilísimos; mi señora, la reina de la cuerda floja, y yo, venimos de Madrid, donde hemos trabajado con éxito asombroso. Vamos de paso al gran Circo de la inmediata capital, y al enterarme de que hoy se verificaban aquí grandes festejos, hemos venido á ofrecer á usted un número en el programa de ellos! ¡La bella funámbula, la reina de la cuerda floja!... ¡Gran suceso, el tirador sin rival, el hércules español! ¡Exito asombroso!... ¡Niños y militares, medio real!

PAL. No está mal; magnífico, magnífico; trabajarán ustedes. ¿Y qué pueden ustedes hacer?

ROS. ¡Todo! ¡Todo!

TERN. ¡Todo! En la plaza se pondrán unas estacas y una cuerda; á mi señora no le hace falta más que una estaca... digo, una cuerda; yo levantaré con los dientes la pesa de cien libras, tiraré al blanco, y si hubiera un caballo, mi señora le montaría á la alta escuela y yo haría el imbécil.

PAL. ¿Y no le sería igual á su señora de usted un burro? Porque caballo, no sé si habrá.

TERN. No, señor.

PAL. Bueno, entonces se le dará cuerda á su señora, y andando, á trabajar de *sonámbula*. Usted levantará la pesa, tirará al blanco, y sobre todo, puede usted hacer el imbécil, para lo cual buscaremos un caballo alto que haya ido á la escuela. No hay más que hablar.

TERN. ¿De modo que nos contratan ustedes?

PAL. Desde luego. Y voy á avisar al señor Alcalde para que los conozca. (Va á marcharse por la izquierda y Ternerete le detiene.)

TERN. No, no, dispense usted; he pensado que si á usted le parece, más vale que vayamos á la posada por el rifle y la pesa y nos presentemos al Alcalde haciendo algunos ejercicios.

PAL. ¡Bien pensao! ¡Gran idea! Pues anden ustedes, y no tarden, ¿eh?

TERN. En seguida estamos de vuelta.

ROS. Adiós, caballero.

PAL. Adiós, señores. (Vanse Ternerete y Rosina, haciendo grandes saludos.)

ESCENA XI

PALIZA baja al proscenio muy contento

¡Magnífico! Con tanto festejo y con el tren, nos inmortalizamos todos en el pueblo, aun después de muertos. ¡Doña Gregoria! ¡Pepita! ¡Don Aquilino!

ESCENA XII

DICHO, DOÑA GREGORIA, PEPITA y DON AQUILINO CALLEJÓN, que salen precipitadamente al oir las voces

AQUIL. ¿Qué hay?
GREG. ¿Qué pasa?
PAL. ¡Que tenemos títeres!
PEP. ¿Títeres?
PAL. Sí, títeres, porque han llegado dos gimnastas que van á hacer diabluras en la plaza; y les he dicho que vuelvan para hacer alguna habilidad delante de usted.
AQUIL. Pues con los dos gimnastas y el orfeón que van á cantar los mozos con Paniagua...
GREG. Oye; ¿y no sería mejor darles pan y vino?
AQUIL. Tú qué sabes; ya verás, ya verás, ya los he mandao avisar con el alguacil.
PEP. Aquí viene mucha gente.
AQUIL. Los mozos. Deben ser ellos.

ESCENA XIII

DICHOS, PANIAGUA, BRAULIO y CORO DE HOMBRES

PAN. Ya estoy aquí, don Aquilino.
AQUIL. ¡Hola! Adelante. Y vosotros (Al Coro.) pasad. (Entran todos.) Este señor (Presentando á Paniagua á Gregoria y Pepita.) es el Paniagua de que os hablé.
PAN. Señoras... (Saluda.)

GREG. Tanto gusto...
PAN. (Es bellísima la chica.)
AQUIL. Conque aquí tiene usted los mozos para el orfeón, por si usted quiere probarles la voz.
PAN. Sí, señor; ahora mismo empezamos, porque es muy fácil: no necesito más que tres bajos y otros tres que lleguen al sol.
AQUIL. Bajos sí los hay; pero tan altos...
PAN. Ahora verá usted. Acercarse tres. Vamos á ver si podéis dar el *sí*. Vosotros no tenéis más que decir *si*, que es esta nota: do, re, mi, fal, sol, la, si; el *si* natural, ¿lo habéis entendido?
TODOS Sí.
PAN. ¡A una, á dos, á tres!
TODOS ¡Sí natural! (Sin cantar y en tono ridículo.)
PAN. Hombre, no. Ha de ser cantado y fuerte.
PAL. Pues claro, mirad, es así: Sí, natural. (Cantando la frase con voz muy aguda.)
TODOS (Dando un grito muy fuerte.) ¡Siii!
PAN. Basta, sirven, sirven. Bueno, colóquense ustedes en semicírculo y repitan lo que yo les diga. ¡Atención!

Música

(A voces solas.)

PAN. Amanece, rasgando el horizonte.
El sol tiñe las nubes de colores;
la más completa paz reina en el monte;
saludan á la luz los ruiseñores.
Y entre matas, chaparros y jarales,
medio ocultos por plantas y malezas,
se va viendo á distintos animales
asomar lentamente las cabezas.
(Todos dan un paso hacia adelante inclinando el cuerpo, haciendo ademán de sacar la cabeza.)
De pronto, confusión y algarabía,
relinchos, resoplar de los lebreles;
se oye el ronco ladrar de la jauría,
y el recio galopar de los corceles.
Loca por el terror, salta una fiera;
el perro ladra, el alazán se agita,
y al eco de la trompa, por doquiera

la turba en confusión se precipita.

(Empieza á imitar el ladrido de los perros y el galopar de los caballos, y el Coro y los que están en escena le imitan.)

Hablado

AQUIL. ¡Bravo!
PAN. ¡Muy bien!
BRAU. ¡Que se repita!
AQUIL. Y ahora que toque él sólo.
BRAU. ¿Y qué va á tocar?
PAN. ¡Ay!
AQUIL. ¿Qué?
PAN. Que se me ha olvidado la trompa.
AQUIL. Pues que vayan por ella.
PAN. No, no señor; no me fío de nadie. Iré yo mismo. En dos brincos estoy aquí con el instrumento. (Vase.)
BRAU. Pues ¿saben ustedes que es listo este músico?
AQUIL. Ya lo creo; y sobre todo tiene un oído magnífico. ¡Toma, como que creo que ha nacido en Colmenar de Oreja! Conque...
GREG. ¡Aquilino!
AQUIL. ¿Qué pasa?
GREG. Los gimnastas, que dicen si puedes verles hacer algún ejercicio.
TODOS Sí, sí.
AQUIL. Que pasen.
PAL. Ahora, ahora verán ustedes dos notabilidades.

ESCENA XIV

DICHOS, TERNERETE y ROSINA, que entran saludando muy exageradamente. Traen un rifle y una pesa muy grande. Entra el Coro de señoras con ellos.

TERN. Señores ..
ROS. Señores...
PAL. Señores: les presento á dos artistas que han hecho furor en el Circo de caballos.
TERN. ¡Gran suceso! ¡El hércules español y la reina de la cuerda floja! ¡Exito colosal!

PAL. (Atajándole.) Sí, señor. ¡Niños y militares medio real! Ya lo sabemos. Ahora, ustedes dirán lo que van á hacer, para que les vean estos señores.

TERN. Si ustedes prefieren ejercicios de tiro, yo, con este rifle le quito á usted un grano de uva, colocado sobre la cabeza. Está cargado, no hay más que apuntar, y...

AQUIL. No, no tire usted. (Asustándose mucho.)

TERN. Si algún señor desea que le quite un grano. (Apunta.)

TODOS ¡No, no!

AQUIL. Haga usted otra cosa. De eso ya estamos convencidos.

TERN. Pues, bien; pasaremos á los ejercicios de fuerza. ¡Una silla! Voy á hacer una plancha para que ustedes vean. (Coge una silla é intenta hacer una plancha, sin conseguirlo.)

AQUIL. ¿Qué, no le sale á usted?

TERN. Sí, señor. ¿Pues le parece á usted poca plancha no poder hacerla?

AQUIL. Es verdad.

TERN. Pero, yo, señores, en lo que más me distingo es con la pesa de cien kilos. ¡Rosina, la pesa! (Se oye ruido de arrastrar una pesa.—La coge.) Vean ustedes. ¡Una, dos tres! (La levanta.—Se oye una escala de trompa en la puerta. Todos miran, y entra Paniagua tocando. Al ver á Ternerete da una nota discordante y un grito.)

ESCENA XV

DICHOS y PANIAGUA

PAN. ¡El! ¡Ternerete!

TERN. ¡El trompa! ¡Le mato!

ROS. ¡Eustaquio! ¡Oh! (Ternerete se va corriendo detrás de Paniagua. Rosina se desmaya; tiran sillas, y salen por la puerta.)

AQUIL. ¡Alto, señores! ¿Qué es esto? (Todos gritan y cae el telón.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Telón corto de calle

ESCENA PRIMERA

PANIAGUA sale descompuesto y corriendo

¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío de mi alma, ellos aquí! ¡Ay, yo no sé lo que me pasa! ¡Qué desgracia la mía! Yo que me creía libre de ese hipopótamo, encontrármele de pronto. Si esto es para suicidarse. Si esto es para coger la trompa y estropearme así el occipucio con la boquilla y *requiescat in pace*. Y bien sabe Dios que no lo hago porque luego dirían que había sido un suicidio de boquilla. No sé qué me pasó al verle. Acababa yo de tomar aliento para un *re* sostenido y todavía tengo atravesada aquí una *corchea*. ¿Y qué hago yo ahora?... Eso, voy á la barbería, me afeitan, y ya, sin barba, quizá no me conozcan y pueda huir con más facilidad; nada, me afeito en seguida. Y que no escarmiento, hombre; en todos los Circos y con todas las reinas me ha pasado lo mismo. Otra vez, por la bella Margarita, reina del fuego, me encendieron el pelo; su marido era clonw, se llamaba Pepino, y si ella era guapa, ¡él era muy bruto! ¡Qué Margarita! ¡Qué mujer! ¡Y qué Pepino! ¡Qué marido! Y por fin, ¿qué? Ella me dió calabazas y Pepino dos estacazos; total, que entre las calabazas y el Pepino se armó una ensalada, que yo dije... ¡Aceite, señores, que se va el tío! (Vase por la izquierda.)

ESCENA II

ACISCLO por la derecha

¡Pero ese Alcalde es un animal; miá que suprimir los fuegos! Por supuesto, que ahora me reuno yo con toos los mozos y hacemos una barbaridad y le sale peor cuenta, porque los quemamos, vaya si los quemamamos.

ESCENA III

DICHO y MOZOS, por la derecha

Música

ACIS. Ya vienen los mozos
del pueblo hacia aquí,
tendré que explicarles
mi idea. ¡Chits, chits! (Llamando.)
MOZOS (Saliendo.)
Aciscio, Acisclo.
ACIS. Callad, voto á San,
porque si se enteran
se estropea el plan.
MOZOS ¿Pues qué ocurre,
qué sucede?
ACIS. En secreto
lo diré.
Que el castillo
de los fuegos
han dispuesto
suspender.
MOZOS No puede ser.
ACIS. Sí puede ser.
MOZOS ¿Qué vamos á hacer?
ACIS. Lo vais á saber.
Es preciso quemar los cohetes,
aun cuando el Alcalde
se oponga cruel.
Y que vea que no hacemos caso

de lo que dispone,
ni tampoco de él.

MOZOS ¡Muy bien, muy bien!

—

ACIS. Sé que tienen morteretes,
todos ellos superiores,
y hasta ruedas y cohetes
con sorpresa y roncadores.
Tienen arcos, según creo,
y hasta luces y bengalas,
y además un bombardeo
en el que silban las balas.
(Imitando el cohete.)

—

Hay pirámides de fuego,
y además luces muy bellas,
y surtidores, y luego,
entre una lluvia de estrellas,
la Virgen que se destaca,
y en el número final,
para después de la traca,
un trueno fenomenal.

(Imitan todos un castillo de fuego.—Vanse los mozos corriendo por la derecha.)

(El director de escena puede hacer que el número resulte animado, cuidando de ponerle de la manera que resulte de más efecto.)

ESCENA IV

ACISCLO, después PANIAGUA, por la izquierda con la cara llena de jabón, media barba afeitada y un paño al cuello.

Hablado

ACIS. ¡Anda, cómo se han entusiasmao! Pues nada, que ahora, en cuanto les diga que hagan una barbaridaz, la hacen... ¡y me las paga ese tío! Y ahora, si yo pudiera darle la carta á esa chica, ya estaba todo hecho... y una vez que estuviera todo hecho... pues ya no

habría que hacer na... ¡digo yo! ¡Ja... ja! (Se tropieza con Paniagua que viene corriendo.) ¡Valiente tropezón!

PAN. ¡Ay, usted dispense; pero ando loco de terror huyendo de todo el mundo!

ACIS. ¿Usted es el cantante y el tocante, verdad?

PAN. Sí, señor; por desgracia mía.

ACIS. Ya sé que ha tenido usted una cuestión *mu* grande con el *ginasta.*

PAN. Sí, señor; horrorosa.

ACIS. ¿Pero de dónde viene usted con esa cara?

PAN. ¿Qué cara?

ACIS. Esa.

PAN. No, que... ¡qué cara me va á costar esta aventura! Figúrese usted que para que no me conociera se me había ocurrido la idea de afeitarme; corro á la barbería, y cuando me habían quitado ya media barba, al darme jabón por aquí, sentía unas cosquillitas, y... ¡púm! una bacía en la coronilla que me hace bajar la cabeza, me hace meter la brocha en la nariz y me hace un chichón. Vuelvo la cabeza, y veo á Ternerete que avanza hacia mí, tomo carrera, y aquí estoy.

ACIS. Pues le han dao á usted un jabón. Eso sí que es una barbaridad. ¿Y qué piensa usted hacer ahora?

PAN. Pues marcharme inmediatamente del pueblo.

ACIS. Sí, más vale que se vaya usted, porque si se tropiezan ustedes y él coge el rifle y le apunta, le deja á usted seco, porque creo que á treinta varas las monedas de peseta y de media peseta las pasa de un balazo.

PAN. ¡De media peseta!.. ¡Mentira! ¿A que no pasa ésta y es de dos pesetas?

ACIS. ¿Por qué?

PAN. Porque cuando no la he pasado yo...

ACIS. ¡Ah! (Da un grito muy agudo.)

PAN. ¡Cuerno! (Da un salto.) ¿Qué le pasa á usted?

ACIS. Una idea que se me ha ocurrido.

PAN. ¿Qué idea?

ACIS. Que yo le salvo á usted si usted me hace un favor.

PAN. ¿Qué favor?

ACIS. Que le dé usted esta carta á la chica del Alcalde, que es mi novia; yo se la daría, ¿sabe usted? pero si me ve el padre, como es tan bruto... yo me conozco, y sé que si me amenaza... me pega.

PAN. Bueno, pero si se entera el padre de que yo le doy cartitas á la chica, yo no me conozco, porque me desfigura de una torta.

ACIS. Por eso tiene usted que hacerlo con talento.

PAN. Bueno, y á mí, ¿cómo me salva usted?

ACIS. Pues *mu* fácilmente. Ante todo vaya usted á la barbería y que le afeiten el resto.

PAN. ¿El qué?

ACIS. El resto de la barba, y luego se va usted á la salida del pueblo y me espera usted allí, y allí verá usted cómo tengo la gran cabeza.

PAN. No, si ya lo veo; buen melón, buen melón.

ACIS. No, si digo la gran cabeza para salvarle á usted y para inventar diabluras.

PAN. Perfectamente. En usted confío, simpático joven, y si me salva usted, en cuanto nos veamos salvados le toco á usted un solo de gratitud, y á su novia de usted...

ACIS. No, con un solo tenemos bastante para los dos solos. (Vanse.)

ESCENA V

CORO GENERAL

Música

CORO (Saliendo por la derecha en tropel y alegremente.)

¡Ay, qué alegría!
Ya llegó el día
de que veamos
pasar el tren.
Marchar debemos,
y hasta que llegue,
esperaremos
en el andén.
La locomotora

no debe tardar,
se acerca la hora
de verla pasar.
Vendrá echando chispas,
vendrá echando humo,
que, aunque no lo he visto,
me lo presumo.
Gracias al Alcalde
constitucional,
hemos conseguido
tener un ramal.
Hoy nuestros deseos
cumplidos se ven,
pues dentro de poco
llegar debe el tren.

ELLAS ¡Dios mío, qué miedo,
si descarrilara!

ELLOS ¿Quién no descarrila
mirando esa cara?

ELLAS ¡Si ocurriera un choque!..

ELLOS De veras lo digo:
yo sí chocaría,
si fuera contigo.

(Se cogen unos á otros)

TODOS Callad, que el tren ya sale
de la estación.
¡Tilín, tilín, tilín!
(Imitando la campana y la bocina.)
¡Pii!...
¡Chín, chón, chín, chon!
(Empiezan á moverse todos serpenteando.)
¡Ay, qué placer,
qué diversión,
no hay que correr
en la estación!
(Dando vueltas por la escena.)
Llevad los piés
á este compás,
ya iréis después
corriendo más.
¡Chís, chás, chís, chás!
¡Pii... pii... pii!...
(Imitando el ruido y el silbido del tren.)
Cogeros bien,

de prisa andad,
ya toma el tren
velocidad.
¡Chís, chás, chís, chás!
¡Pii... pii... pii!...
¡Chís, chás!

(Vanse por la derecha, formando unos un túnel con los brazos y pasando otros por debajo.—Se hace al director la misma indicación que en el coro anterior.)

ESCENA VI

PANIAGUA

Hablado

PAN. Pues, señor, ya me he afeitado; ya estoy perfectamente; desconocidísimo. Además, he tenido la fortuna de ver á la chica en el balcón, me acerqué, la dí la carta y... ¡Dios mío, qué es esto! (Sacando la carta.) ¡Si tengo aquí la carta! ¿Pues qué la he dado? ¡Ya lo sé! La papeleta de empeño de mi gabán saco; un magnífico gabán saco que empeñé ayer en tres pesetas. ¿Y qué va á decir esa chica cuando vea la papeleta? ¡Que me han dado muy poco; pero si no dan más, qué voy á hacer yo! ¡Válgame Dios, qué va á pensar de mí! ¡Y del saco!

ESCENA VII

DICHO y PEPITA por la izquierda

PEP. ¡Señor músico!
PAN. ¡Ah, es usted! ¡Cuánto me alegro!
PEP. Pues claro, hombre; leí lo que usted me dió y me encontré con este papel.
PAN. Sí, señorita; fué una equivocación; aquí está la carta, tome usted. (Entregándosela.)
PEP. Bueno, pues dígale usted que haré todo lo que me mande y dele usted expresiones.
PAN. Bueno, se las daré; pero deme usted la papeleta.

PEP. Oiga usted; ¿y de qué es esa papeleta?

PAN. De empeño, señorita; de empeño.

PEP. ¿Sí? ¿Y qué es eso?

PAN. ¿No sabe usted lo que es una papeleta de empeño?

PEP. No, pero no le choque á usted, porque en el pueblo estamos muy atrasados.

PAN. Cá, el que está muy atrasado soy yo.

PEP. Conque, adiós, que me esperan en casa para ir al baile. (Vase por la izquierda.)

PAN. Adiós, señorita. Y ahora yo, para poder atravesar el pueblo tranquilamente, necesito transformarme y desfigurarme en un periquete; y en seguida á salvarme. ¡A buscar á ese chico! (Arranca los faldones del chaquet, se baja el cuello de la camisa de modo que quede á la marinera, se hace un gran lazo en la corbata y encrespa el pelo de la peluca de modo que quede completamente desfigurado.) ¡A ver si ahora me conocen! (Vase por la derecha.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

Plaza de las afueras del pueblo. Se vé á la derecha, y en los últimos términos, casas del pueblo. A la izquierda una caseta de consumos Arboles en la plaza. Al foro se vé la entrada del apeadero y á lo lejos la vía.

ESCENA PRIMERA

DON AQUILINO, DOÑA GREGORIA, DON BRAULIO, PALIZA, MOZOS y MOZAS, bailan y cantan; luego baila PEPITA unas sevillanas jaleaándola todos

Música

CORO (Bailando.)

No lleves nunca las cintas
de las alpargatas sueltas,
que puedes caer bailando
siempre que des una vuelta.

AQUIL. (Saliendo por la derecha con Gregoria, Pepita, Braulio y Paliza.)

Bien divertidos
todos estáis,
mozos y mozas
muy bien bailáis.
Más de mi chica
váis á aprender,
porque es bailando
lo que hay que ver.

TODOS (A Pepita.)

Si bailas las sevillanas
te vamos á jalear,
pues todos tenemos ganas
de vértelas hoy bailar.

(Forman corro y Pepita baila unas sevillanas.)

Hablado

TODOS ¡Muy bien, muy bien, bravo!

PAL. Nada. Pepita, en cuestiones de aquí, (Marca un paso de baile.) y de aquí, (Hace ademán de repicar las castañuelas.) no hay quien le eche á usted ésta. (Adelanta el pie.)

BRAU. Es verdad, no hay quien le eche la pata.

PEP. ¡Ay, muchas gracias!

GREG. Nada, que ha sacado el salero de su madre, porque yo, para estas cosas, en mi juventud tenía un salero, ¡ay, qué salero!

AQUIL. Bueno, pero se conoce que antes de casarse se le rompió el salero, porque yo no lo he visto.

GREG. ¡Porque tú eres un bárbaro!

AQUIL. Bueno; conque, señores, dentro de un rato se verificará el acto de presenciar el paso del tren delante de la bandera de vía libre, y os pronunciaré el discurso final. Y ahora, para hacer tiempo, opino que debemos pasar á la sangría.

PEP. Sí, sí.

TODOS Vamos. (Vánse.)

ESCENA II

PANIAGUA

¡Ya se han ido! Gracias á Dios. Nadie me ha visto y ya no debe tardar Acisclo; claro, como que ya viene por allí. ¡Pero no viene él sólo!... ¡Cuerno, qué veo! Viene con él Ternerete. ¡¡Horror!! ¡Me ha vendido, me ha vendido! ¿Dónde me meto?

ESCENA III

PANIAGUA y luego ACISCLO, TERNERETE y MOZOS del pueblo

¡Aquí! (Se mete en la caseta asomando la cabeza por la ventanilla.) ¿Pasarán de largo, ó se detendrán en mis costillas?

ACIS (Salen todos con mucho misterio.) ¡Chits!... ¡Silencio! ¡Ya estamos aquí! ¿Nos ha seguido alguien?

MOZO Nadie.

TERN. Bueno, pero á mí, ¿para qué me han traído ustedes?

ACIS. Oiga usted; nosotros hemos recurrido á usted, sabiendo lo gimnasta, lo forzudo, y lo bruto que es usted.

TERN. Muchas gracias.

ACIS. Y como el Alcalde *arbitriaramente* nos ha privado de la pólvora que está metida toda en esa caseta...

PAN. ¡Cuerno!

ACIS. Le traemos á usted para que nos diga qué barbaridad haríamos con lo que hay ahí.

PAN. ¡Aquí fenezgo!

TERN. Pues yo, si ustedes quieren, de dos puñetazos y tres patadas, hago polvo la caseta con todo lo que tenga dentro. ¿Les parece á ustedes bien?

PAN No. (Se esconde.)

ACIS. ¿Quién ha dicho que no?

MOZO 1.º Ninguno.

ACIS. Pues lo digo yo, porque se me ha ocurrido una cosa mejor; echar por el ventano una mecha encendida y que estalle todo.

TODOS ¡Sí, sí, la mecha, la mecha!

PAN. ¡Una mecha! ¡Me mechan, me mechan!

ACIS. Conque, venga la mecha encendida.

MOZO 1.º ¡Aquí está! (Dándosela.)

ACIS. Y usted (A Ternerete.) que es el más gimnasta, y el más forzudo, y el más bruto, tómela usted, y échela por el ventano.

PAN. ¡Señor mío Jesucristo!

TERN. Bueno, venga... (Se acerca á la caseta y vuelve.)

ACIS. ¡Qué tío de más coraje!

TERN. Bueno... pero, oigan ustedes... ¿esto estallará en seguida?

ACIS. ¡No, hombre, no, tardará un ratito!

TERN. Bueno... (Vase hacia la caseta y vuelve.) Oigan ustedes, no se vayan ustedes á asustar, ¿eh?

ACIS. Vamos, hombre, despache usted.

TERN. Allá voy... (Va y con muchísimo miedo echa la mecha y echa á correr. En el mismo instante Paniagua la coge y la apaga.)

ACIS. ¡Esconderse! (Se esconden todos.)

PAN. Me he salvado. ¡Me abrasé las manos, pero, gracias á Dios, conseguí apagarla! ¿Se habrán ido?

ACIS. (Tapándose los oídos con los dedos, igualmente que los mozos.) ¿No ha estallado todavía?

MOZO 1.º No.

PAN. ¡Y vuelven! ¡Yo le llamo! ¡Chissst!...

TODOS ¡Ahora!... (Huyen. Aciscio tropieza y cae.)

ACIS. ¡Que me mata!

PAN. Chist... chist.... Amigo... ¡Don Aciscio, haga usted el favor, que soy yo!

ACIS. ¡Ah! ¿Pero, es usted?... ¿y qué hacía usted ahí?

PAN. Pues aquí estaba en clase de volador.

ACIS. ¡Ay, qué susto me ha dado usted, le he confundido con la traca! Pues yo iba á buscarle ahora mismo; no esperaba más que á que estallase eso, porque ha llegado el momento. ¿Entregó usted la carta?

PAN. Todo, sí, señor.

ACIS. Pues andando, y usted, pa salvarse, siga mis pasos, y que Dios nos ayude. Viene gente, corramos que no nos vean.

PAN. Vamos. (Vanse.)

ESCENA IV

Salen CORO GENERAL; luego DON AQUILINO, DOÑA GREGORIA, PALIZA, DON BRAULIO, Comisión y la murga del pueblo. Se oye el timbre eléctrico, y á poco el ruído del tren que pasa á lo lejos

Música

CORO (Saliendo por la derecha.)
Todos al último número
de las fiestas del lugar,
venimos llenos de júbilo
para ver el tren pasar.
Cuando suene el timbre eléctrico
marchemos sin dilación,
que eso indica que muy próximo
está el tren de la estación.
Ninguno debemos
dejarlo de ver,
y tras él podemos
echar á correr.
(Mirando á la derecha.)
El Ayuntamiento
viene en procesión,
este es el momento,
de gran emoción.
¡Que viva el Alcalde!

TODOS ¡Viva!

AQUIL. (Sale seguido de acompañamiento.)
Gracias mil.

CORO A usted le debemos
el ferrocarril.

AQUIL. El momento más solemne
de la función ha llegado,
y me encuentro como Alcalde,
de placer emocionado.
Y en mi empeño decidido,
siempre á mi promesa fiel,

si el tren no hubiera venido,
yo hubiera tirado de él.
El tren ya no puede,
señores, tardar,
con mucho entusiasmo,
debéis saludar.
Vosotras dad vivas,
vosotros cantad.
La murga esté pronto
dispuesta á soplar,
y al son de campanas
que repicarán,
la locomotora
veremos pasar.

CORO (Prestando atención.)
Ya pita, ya suena,
de gente se llena,
de prisa el andén.
(Se oye el silbido lejano de la locomotora.)
Ya silba, ya viene,
qué gracia que tiene,
qué largo es el tren.
¡Vía libre, vía libre!
(Aproxímanse poco á poco hacia donde debe pasar.)
piden á todo vapor.
Vía libre, vía libre,
para que pase mejor.
(Expectación.)
¡Ay, cómo corre,
ay, qué bonito,
qué ruido mete
con ese pito!
¡Ay, qué humareda,
qué atrocidad!
¡Mira que lleva
velocidad!
Demos contentos,
gracia á Dios,
¡viva, viva, viva!
¡adiós, adiós!
¡viva, viva; viva!
etc., etc.
(Los mozos cogen en brazos al Alcalde que aparecerá emocionado.)

(Pasa el tren en este momento; óyese la Marcha Real, y el volteo de campanas y las voces de la gente del pueblo; gran confusión, etc., etc.)

¡Viva, viva, viva!
¡Adiós, adiós!

Hablado

AQUIL. ¡Señores, viva el tren!
TODOS ¡Viva!
AQUIL. ¡Señores!
PAL. ¡Viva el tren!
AQUIL. No es eso.
BRAU. ¡Silencio! El Alcalde nos va á pronunciar el discurso que tiene improvisao desde que se anunció el proyecto.
TODOS ¡Chist!...
AQUIL. ¡Señores! ¡Estoy embarazado!...
TODOS ¡Bien!
AQUIL. ¿Y sabéis por qué? Porque hoy tengo la satisfacción de comunicaros que ya sois personas, que ya podéis comunicaros con los pueblos civilizados. Señores: el ferrocarril es la velocidad en persona, y la velocidad es una cosa muy ligera. Sólo una cosa corre más que el tren: un telégrama.
PAL. Telegrama, señor Alcalde.
BRAU. Telégrama se dice.
AQUIL. ¿En qué quedamos?
PAL. Telegrama.
AQUIL. Un telegrama he querido decir. ¿Y qué es un telegrama? la velocidad; luego las cosas más ligeras que se conocen son el tren y el telegrafo, ¿no es así?
BRAU. Así.
AQUIL. Y, señores, para arrematar.
PAL. Rematar, señor Alcalde.
BRAU. Arrematar.
AQUIL. ¿Se dice rematar ó arrematar?
BRAU. Arre... señor Alcalde.
AQUIL. Voy, para arrematar, voy á proponeros un viva al inventor del tren que fué... ¿Quién inventó el tren?
PAL. El Ministro de Fomento.

AQUIL. El Ministro de Fomento, porque en ese primer tren que aún se oye silbar y que tantos trabajos y tantos sacrificios me ha costado traer á este pueblo, en ese tren...

TERN. (Saliendo.) En ese tren se va su hija de usted con su novio que se han escapado con mi mujer y el trompa.

AQUIL. ¿Que se van en el tren?

TERN. Sí, señor.

AQUIL. ¿Que se han escapado?

TERN. Sí, señor.

AQUIL. ¡Ay, que pare el tren! ¡Que pare! ¡Que pare! (Vase don Braulio por la izquierda con varios mozos.)

GREG. ¿Lo ves, animal? Toma tren, toma progreso, toma velocidad... ¡ya decía yo que todo eso nos traería algún disgusto!

AQUIL. No tengo yo la culpa.

GREG. ¿Pues quién?

AQUIL. El Ministro de Fomento, que inventó esto. ¡Ay, ese pillo, robarme á mi hija! (Silba la máquina.)

GREG. ¿Y qué hacemos?

AQUIL. Poner un telégrama.

PAL. Telegrama, señor Alcalde.

AQUIL. No sea usted ahora ridiculo, hombre.

BRAU. (Saliendo.) ¡Don Aquilino!

AQUIL. ¿Qué?

BRAU. Que el tren ha descarrilado á la salida del pueblo, y aquí vienen viajeros. (Vase Braulio por la izquierda.)

AQUIL. ¡Ah! Pero ¿el tren descarrila?

GREG. Algo bueno había de tener.

AQUIL. ¿Y dónde, dónde está ese pillo?

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS. Salen ACISCLO, PEPITA, PANIAGUA y algunos más

AQUIL. ¡Vengan ustedes acá, infames! ¿Es decir, (A la chica.) que yo he trabajado tanto hasta conseguir una vía férrea para esto? Dí, infame, ¿tú por qué te escapabas?

PEP. No te enfandes, papá; era por estrenarla.

AQUIL. (Al novio.) Y tú, pedazo de animal, ¿por qué te escapabas?

ACIS. Por eso.

AQUIL. (A Paniagua.) ¿Y usted?

PAN. ¡Ay, yo estoy herido! Se me ha roto...

AQUIL. ¿Qué?

PAN. La boquilla de la trompa.

TERN. ¡Miserable! ¡Me las vas á pagar todas juntas! (Le tira la pesa.)

TODOS ¡Ah!

PAN. (La coge y la levanta varias veces.) ¡Pero si es de cartón!

TERN. Sí; es porque es la que uso para ensayar; pero ya le tiraré la buena.

PAN. Yo renuncio para siempre al amor; y prometo no encontrarme más delante de usted.

BRAU. (Saliendo.) Señor Alcalde: que era cuestión de una traviesa; y el tren puede seguir la marcha; hay vía libre.

ACIS. Pues vamos.

AQUIL. ¿Dónde?

ACIS. Á pedirle á usted perdón, porque, total, no la he robado.

PAN. Sí, perdónenos usted á todos.

AQUIL. Yo no soy el que ha de perdonar.

ACIS. ¿Pues quién?

PAN. Estos señores.

ACIS. ¿Sí? Verá usted. (Se dirige al público y pide el aplauso por señas.)

PAN. Quite usted. (Le da un empujón.)
(Al público.)

Una vez que han terminado,
por fortuna, mis desgracias,
aquí termina el juguete;
perdonad sus muchas faltas.

TELÓN



OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

CELSO LUCIO

A vista de pájaro.
El gorro frigio.
Boulanger.
Un vaso de agua.
Calderón.
Pan de Flor.
Panorama Nacional.
Sociedad secreta.
Claveles dobles.
Los secuestradores.
Los aparecidos.
El Gran Capitán.
Vía libre.

CARLOS ARNICHES

Casa editorial.
La verdad desnuda.
Las manías.
Ortografía.
El fuego de San Telmo.
Sociedad secreta.
Las guardillas.
Candidato independiente.
Panorama nacional.
Calderón.
La leyenda del monje.
Nuestra Señora.
Los secuestradores.
¡Victoria!
Los aparecidos.
Las campanadas
Vía libre.





PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.